

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

Números 185 y 186

Valencia, 6 de Agosto de 1937

María Carbonell, 2

COMO

un joven tan-
quista de 19

años, herido y prisionero, consiguió ganar las líneas gubernamentales con un tanque alemán y dos prisioneros también alemanes

Aquel día en la calle de Leganitos

Un día de diciembre último, después de un bombardeo aéreo sobre Madrid, estaba yo en la calle de Leganitos, donde dos casas acababan de quedar reducidas a escombros. Una brigada de bomberos, auxiliada por grupos de milicianos, trabajaba en las tareas de salvamento. Habían aparecido ya, entre las ruinas, quince cadáveres —mujeres, niños, viejos—. Un miliciano llegó corriendo y se abrió paso entre nosotros. Luego supe que era el «chauffeur» del Estado Mayor de las fuerzas que entonces operaban en Boadilla del Monte. Sus jefes le habían dado tres días de permiso e iba a ver a su familia. Todos sus parientes, incluso su joven esposa, con la que se había casado hacía seis meses, había aparecido entre las ruinas. Los cadáveres de algunos de ellos estaban allí, alineados contra un muro. El miliciano estalló en sollozos. A su alrededor brotaban promesas graves, emocionadas también: «Te vengaremos, camarada.» Y un viejo trabajador se enderezó apoyando su antebrazo sobre la cruz de la pala y, moviendo la cabeza lentamente, dijo:

—Pase lo que pase, tenemos que ganar. Si perdiéramos, sería como si todo el mundo se suicidara, y eso es imposible.

Me he acordado muchas veces de esas nobilísimas palabras: «Como si todo el mundo se suicidara.» El trabajador expresaba así su confianza en las bases morales del hombre, en las verdaderas, en las que salen del mismo hecho físico de vivir. Franco y los suyos son la muerte. El tuerto de Wad-Lau (Millán Astray) lo había confesado sin querer, cuando replicando a Unamuno en un acto público celebrado en Salamanca, gritó: «¡Abajo la inteligencia! ¡Viva la muerte!» Entre los resquicios de la epilepsia aparece a veces la verdad subconsciente, la medular verdad. En la pretendida filosofía de los facciosos, en su incongruente política, en todo, aparece el miedo frenético a la vida. Aparte los móviles políticos, en el plano psicológico, el miedo a la vida (el mismo miedo que empuja a los suicidas) los llevó a sublevarse. Ese mismo miedo les hizo entenderse en seguida con otros miedosos. ¿Qué es también la política de Hitler y Mussolini en ese terreno sino el salto al vacío, la decisión delirante hacia un fin ignorado, de los suicidas? (Porque la muerte es un fin que ignoramos todos.) El avanzar sereno y seguro de la vida que los rodea les amenaza constantemente. ¿Cómo los enloquece esa serenidad, esa

seguridad! Su delirio da a veces, a ciertas almas, la sensación de la autoridad y de la fuerza, pero no es sino el vigor falso del loco que monologa a gritos en la calle o que dialoga trágicamente con su propia sombra. Toda la política fascista está hecha de miedos. Temen a Moscú, a París, a Londres, a Madrid.

Hay anécdotas de ese miedo elevadas al rango de razones de Estado. Imaginad el miedo nacionalsocialista, el miedo «deutschgottgläubige» (la nueva religión nazi) del comandante del «Leipzig», puesto día y noche al micrófono y oyendo un zumbido submarino, corriendo después a toda máquina a Mallorca y transmitiéndolo por telégrafo a Berlín. El miedo, también, del III Reich, apresurándose a llevar el informe a Londres, donde gritó frenéticamente:

—Un zumbido-submarino. Hemos oído un zumbido submarino.

El miedo a esa fuerza oculta, ignorada, pero arrolladora, que palpita en el subsuelo del III Reich, es al fin y al cabo el miedo a la democracia, a la cultura, a la libertad, a la civilización a las masas obreras herederas de un idealismo falso que ellas acrisolan y hacen verdadero con su sangre. En el fondo, el miedo a la vida, de los suicidas. El triunfo de ese miedo sería el triunfo de la muerte. El miliciano de la calle de Leganitos tenía razón. Por eso, «pase lo que pase», ganaremos. Nuestra serena confianza en la vida, que nos pertenece, en la vida que llevamos dentro y que tan suavemente ensambla con la vida exterior, también tiene anécdotas, y la mejor de las que recuerdo es esa de la calle de Leganitos.

Habrà quien, pasándose de práctico y de realista, diga que todo esto del miedo a la vida y la confianza en la vida son bagatelas y que lo único que importa es el hecho mecánico de la guerra. Pero yo no lo creo. No es que yo llegue a afirmar que las guerras las gana el espíritu en la atmósfera moral que sobre las guerras se forma, lo mismo que se forma la niebla sobre los valles. No llego yo a tanto. Y, sin embargo, eso lo ha dicho hace más de un siglo un hombre.

Ese hombre tenía alguna experiencia guerrera. Se llamaba Napoleón.

RAMON J. SENDER

(Escrito expresamente para el SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN.)

METRALLA SOBRE MADRID

Nuevamente han caído centenares de granadas

MADRID.—Nuevamente los fascistas han vuelto a hacer víctimas de sus granadas a la población civil de Madrid. No han sido unas docenas de disparos. La pasada noche, los proyectiles que cayeron sobre Madrid se cuentan por centenares. Fue, pues, una noche de intensísimo cañoneo.

Cuando oíamos la primera explosión que había reventado dentro de Madrid eran, poco más o menos, las 12 de la noche.

Fue una explosión rasgada y larga. Después, los estallidos surgieron a granel. Era como si, de pronto, se hubiera desencadenado una tempestad. Instintivamente, nos arrimamos a una pared. Oímos el mugido de los proyectiles, e inmediatamente la explosión. Por estas calles del centro no transita nadie. Cuando cesaba la estela de ruido de una explosión, quedamos en un silencio profundo.

(Continúa en la página tercera.)

MADRID. — Un joven de 19 años ha llevado a cabo una hazaña extraordinaria en el frente de Brunete. Herido en una pierna durante los violentos combates que se desarrollaron en aquel frente, fué hecho prisionero por las tropas fascistas cuando éstas ocuparon Brunete. Inmediatamente fué confiado a un teniente y a un suboficial alemanes, quienes debían conducirlo ante el Estado Mayor rebelde. Con este fin, los alemanes le obligaron a subir a un tanque. Pero, una vez dentro, el joven tanquista republicano, con un rápido movimiento, consiguió apoderarse de la dirección y a pesar de la resistencia de los alemanes que le acompañaban, puso en marcha el tanque con dirección a las líneas republicanas. Los rebeldes abrieron un fuego intenso contra la máquina, pero nada consiguieron, y el joven soldado pudo llegar ante el jefe de su División con un tanque alemán y dos prisioneros alemanes.

Este tanquista, cuyo nombre no se hace público, porque toda su familia se encuentra en territorio faccioso, es atendido en la actualidad en uno de los hospitales militares de Madrid.

Los rebeldes están utilizando balas "dum-dum"

BARBASTRO. — Los fascistas siguen utilizando todos los medios para cometer sus crímenes. En las acciones últimamente registradas, la mayor parte de los heridos habidos en las filas leales lo están por bala explosiva. Esto se ha comprobado en todos los sectores de Aragón, y sobre todo en el de Huesca, donde por haber sido mayor la actividad combativa son más los heridos por bala "dum-dum".

A los prisioneros cogidos en la operación de nuestras fuerzas sobre Las Salinas, la mayoría italianos, les fueron ocupadas las cartucheras con los peines completos de balas "dum-dum". Este criminal procedimiento han podido comprobarlo también algunos periodistas extranjeros que visitaron el frente.

El problema religioso es cada vez más agudo en Alemania

Von Dietze, exprofesor de la Universidad de Berlín y actual profesor de Jena, protesta enérgicamente por la intromisión de los agentes de Hitler en los asuntos religiosos y es encarcelado

BERLIN. — El domingo pasado fué detenido, en Postdam, el profesor von Dietze, agrónomo muy conocido en el mundo científico.

Dos sacerdotes de la iglesia a que pertenece Dietze habían salido de vacaciones, y la parroquia, que pertenece a la iglesia confesional, había resuelto que durante su ausencia predicase el vicario. Pero la autoridad eclesiástica nacionalsocialista de Berlín lo prohibió y encargó los sermones a un sacerdote nazi perteneciente a los «cristianos alemanes». La congregación se mostró excitada y cuando comenzó la misa, el profesor von Dietze se adelantó hacia el altar, desde donde dirigió unas enérgicas palabras a la congregación, protestando contra la resolución de la autoridad «nazi», y contra la opresión de que es víctima la iglesia confesional. Seguidamente invitó a los fieles a abandonar la iglesia.

Casi todos los presentes atendieron la invitación. Delante de la iglesia Dietze pronunció un segundo discurso. Inmediatamente después fué detenido por haber interrumpido la misa y haber organizado una asamblea ilegal, violando de este modo la tranquilidad y el orden públicos.

La actitud de Dietze es extraordinariamente significativa y demuestra la gran agudización del conflicto entre el Estado y la Iglesia confesional. Dietze había recibido ya, a finales de enero, un apercibimiento por haber hecho algunas observaciones críticas acerca de la política agronómica «nazi» en su cátedra de la Universidad de Berlín. A pesar de la protesta de la Facultad, fué trasladado a Jena. Todavía en la primavera última Dietze representó a Alemania en la Conferencia Internacional de los Ingenieros Agrónomos.

Valladolid, bajo la férula fascista

Muchos son los compañeros que, tras accidentada y dolorosa odisea, han logrado huir del terreno fascista para venir a la España republicana. Entre los varios camaradas de Valladolid que han logrado llegar a la zona leal, y con quienes he tenido ocasión de hablar repetidas veces, está el conocido militante de Izquierda Republicana de aquella ciudad, Aurelio Santos, que, por mediación de su hermano Florián, que se halla en Santander, al frente, con otros muchos, de su defensa, fue canjeado por otra familia fascista que se hallaba en la zona leal. El amigo Santos nos ha confirmado los monstruosos crímenes que en la ciudad del Pisuerga ha cometido el fascismo con los hombres de izquierda, con aquellos compañeros que más se esforzaron por embellecer la ciudad y elevarla culturalmente a un nivel que jamás había tenido y que comenzó su progreso desde que nos hicimos cargo del Ayuntamiento y Diputación y logramos desalojar de ellos al odioso caciquismo albista, que durante tantos años tuvo aherrada a esta provincia castellana.

Y recogiendo las informaciones de estos camaradas, vamos a explicar a nuestros lectores, sucinta y cronológicamente, cómo se desarrolló la lucha entre el pueblo vallisoletano y los militares y fascistas que han hecho de la apacible Castilla, tierra de esclavitud y de crímenes.

El 18 de julio por la tarde reinaba gran efervescencia en toda la ciudad. Se esperaba de un momento a otro la sublevación de la Guardia civil y los regimientos de Farnes y Isabel II. Las gestiones del gobernador y de Landrove, hijo, para adquirir armas resultaban infructuosas. Mientras tanto, los obreros deambulaban por la ciudad en forma vigilante y armados con viejos revólveres y pistolas. Al anochecer se produjo el primer chispazo. Fue en la calle de Santiago. La más concurrida de la ciudad. Un grupo de señoritos y falangistas que estaba sentado en una de las ventanas del café Royalty, al pasar un oficial del Ejército por la calle, le dijeron:

—¡Capitán! ¡Arriba España!

El oficial se cuadró, y encarándose con los provocadores, les contestó, saludando militarmente:

—¡Viva la República!

Una descarga hecha desde el interior del café dejó tendido en la acera al pundonoroso militar.

A partir del suceso ocurrido en el café Royalty, grupos de fascistas armados recorren algunas calles gritando: «¡Arriba España!» y «¡Viva el fascio!». Los obreros contestan con vivas a la República, repeliendo la agresión a tiros. A medida que avanza la noche, los combates callejeros se generalizan. Un numeroso grupo de fascistas bien armado que venía por el Paseo de Zorrilla y el Campo Grande, al llegar al edificio de la Academia de Caballería, fue tiroteado desde las calles de María de Molina y Santiago, entablándose duro combate, que duró más de una hora, pues los obreros, con sus viejos revólveres y pistolas, y a pesar de ser muchos menos numéricamente, les hicieron correr por el Campo Grande. Mas los fascistas, que habían recibido refuerzos de guardias civiles, se rehicieron y acometieron a los trabajadores, haciéndoles retroceder hasta el teatro Lope de Vega, donde se hicieron fuertes por unos minutos; mas éstos, viendo la inutilidad de sus heroicos esfuerzos, decidieron dirigirse por varios sitios a la Casa del Pueblo nueva, donde, en unión de muchos compañeros más que habían acudido a refugiarse en ella, se hicieron fuertes durante doce horas, abandonándola solamente cuando los cañonazos lanzados sobre ella fueron derrumbando poco a poco parte de este hermoso edificio, que acababa de terminarse tras no pocos esfuerzos del proletariado vallisoletano.

Después de estos hechos cruentos, Valladolid fué dominado por el fas-

Comienza la sublevación.—La primera víctima.—La lucha en las calles.—Heroica defensa de los obreros en la Casa del Pueblo.—Fusilamiento en masa en la capital y en los pueblos.—Ejecución de las personas representativas de la ciudad.—Los mejores hombres del partido socialista, asesinados.—Manifestaciones y obligación de extender el brazo.—Los fascistas que salen a la sierra, no vuelven.—Las primeras bombas.—Entusiasmo del pueblo al ver los aparatos republicanos.—De Unión Radio, peligro de muerte.—Comienza el terror.—La llegada de italianos.—Nuestra aviación y los "pacos".—La "toma" de Madrid y sus consecuencias.—Corridas de toros en favor del fascio.—Fernando Domínguez forea.—La "ofensiva" italiana en Guadalajara.—La desmoralización.—El sedante de la toma de Bilbao.—El complot esperado.—La vida en Valladolid.—Cómo se prevé el fin de la guerra

Por JULIO SANMARTIN

cio. Los obreros fueron sacados de sus casas y fusilados en las afueras de la ciudad, en el llamado Alto de San Isidro, en el lugar conocido por la Carcajera, y en las tapias del Cementerio. ¿Cuántos cayeron? Más vale no pensarlo. Sólo diremos que pasan de varios millares en la capital. Y, después, la provincia, donde sobre todo, en Medina del Campo, Medina de Rioseco, Peñafiel, Rueda, La Seca, Nava del Rey, Alaejos y Tudela del Duero, la clase trabajadora ha sido diezmada con la saña más horrorosa. De este modo se ha implantado el fascismo en Castilla, a fuerza de sangre.

Entre las innumerables víctimas inmoladas por el fascismo vallisoletano figuran Antonio G. de Quintana-Núñez, Eusebio González Suárez, José Garrote Tebar, Federico Landrove López, José Cuevas, Bernardo de los Cobos, Filemón Pérez Gijón, Florentín Quemada, Antonio G. Santelices, José Fuentes... Todos ellos, menos los tres últimos, socialistas.

De lo que estos compañeros caídos por la Causa representaban en Valladolid bastan sólo unas líneas de cada uno de ellos para que nuestros lectores comprueben que el Partido Socialista perdió, por desgracia, para siempre, los mejores hombres que tenía aquella ciudad.

ANTONIO QUINTANA

Antonio Quintana fué, con Remigio Cabello, el alma y cerebro del Partido Socialista vallisoletano. Su vida estaba consagrada por entero a la organización. No había problema sindical o político que no tuviese que solucionar él. Su juicio sobre las normas a seguir por el Partido, siempre justo y sincero, era acogido como definitivo en todas las ocasiones. Fué elegido alcalde de la ciudad por unanimidad, y su gestión fué tan acertada, creó tantos Grupos y Colonias Escolares, embelleció tanto la ciudad y prodigó tanto el trabajo con las innumerables obras municipales y del Estado, lograda por su gestión personal y corporativa, que mereció, por todo ello, el más caluroso y público elogio de todos los vallisoletanos, sin distinción de matices. No obstante este reconocimiento de la ciudad, Antonio Quintana fué condenado, por este hecho de engrandecer Valladolid, a dos penas de muerte. Su fusilamiento, tenemos la seguridad de ello, habrá sido sentidísimo por todo el pueblo. Estuvo oculto durante unos meses en una casa del Paseo de Zorrilla, hasta que la criada donde estaba le denunció. Era el contable de la Caja de Previsión Valladolid-Palencia y del Colegio Notarial.

EUSEBIO GONZALEZ

Miembro del Comité Regional de la Federación Gráfica Española. Fué, hasta ser elegido diputado a Cortes, linotipista de «El Norte de Castilla». Por su clara inteligencia y simpatía popular, fué elegido concejal al advenimiento de la República, y en 1934, diputado a Cortes. Era el verdadero representante del pueblo trabajador, y fué fusilado en el Pinar de Antequera, que dista unos seis kilómetros de la ciudad, en los primeros días de la sublevación.

JOSE GARCIA-TEBAR

He aquí un militante prestigioso. Era uno de los tocólogos de más re-

nombre de la región. De inquebrantable voluntad y despejada inteligencia. Militaba desde hacia muchos años en el Partido Socialista. Con Remigio Cabello y el traidor Oscar Pérez Solís—que hoy es en Valladolid coronel de falangistas—recorrió los pueblos de la provincia, donde expandió fructíferamente la semilla de nuestras ideas. Al advenimiento de la República fué elegido concejal y teniente de alcalde y diputado, en unión de Remigio Cabello, el amigo inseparable con quien tanto luchó por nuestras ideas, en las Cortes Constituyentes. Fué detenido en la Casa del Pueblo dirigiendo la defensa de ella con los trabajadores. Murió como un verdadero socialista, como un valiente, con el puño en alto.

FEDERICO LANDROVE LOPEZ

Este camarada es hijo del prestigioso socialista, Federico Landrove Moño, que fué diputado en las Cortes Constituyentes, y en la legislatura de 1934 director general de Primera Enseñanza, delegado del Gobierno en la Mancomunidad Hidrográfica del Duero, alcalde de Valladolid, concejal varias veces y profesor de Matemáticas en la Escuela Normal de Maestros, y que hoy se halla loco en un Manicomio, era, como lo fué su padre, orgullo del Partido por su valor y por su inteligencia. El pueblo trabajador vallisoletano veía en este muchachote, que aún no contaba treinta años, a su verdadero conductor, una vez desaparecido Cabello. Era abogado del Estado en la Delegación de Hacienda, y abogado del pueblo, ya que, merced a sus brillantes actuaciones, logró sacar de la cárcel a numerosos compañeros, sobre todo después de los sucesos de octubre. Escribió numerosos artículos en el semanario «¡Adelante!» que hacíamos en Valladolid, e intervino, por primera vez, y elocuentemente en un mitin que fué histórico en la ciudad y en el que tomó parte también Indalecio Prieto. Aquel mitin se celebró en la plaza de Toros, y los elementos fascistas anunciaron que impedirían su celebración por haber interrumpido nosotros, domingos antes, el que ellos trataron de celebrar en Palencia.

No obstante, el acto se dió, y fué grandioso. Hubo tres fascistas que, apenas lanzaron un grito, salieron precipitadamente de la plaza, y bien escarmentados, por su intento de provocación. Entonces, los elementos reaccionarios, al ver que no pudieron empuñar el acto, en el que tanto el difunto Cabello como Prieto estuvieron inmensurables, se vengaron apedreando y rompiendo la plaza que como abogado tenía este camarada a la puerta de su casa. Fué elegido, en las elecciones de febrero, con Isidoro Vergara, diputado a Cortes. Le sorprendió el movimiento en Valladolid, y desde que estalló no se separó del gobernador, yendo con él a Segovia en busca de armas, que les negaron. Fué fusilado con el gobernador por los guardias de Asalto. Este era Federico Landrove, el digno continuador de la obra de su padre, y que el fascismo ha asesinado en plena juventud.

JOSE CUEVAS

Obrero consciente y propagador

incansable de nuestros ideales. Fué concejal varias veces, y, antes de la sublevación, desempeñaba el cargo de delegado de Abastos. Fué ferroviario, pero al ser seleccionado en agosto de 1917, no volvió más a la Compañía, a pesar de ser readmitido al advenimiento de la República, siguiendo trabajando como relojero en un establecimiento de la Fuente Dorada. Lo mataron en el Alto de San Isidro, cuando ya no tenía fuerzas para tenerse en pie frente a sus verdugos.

BERNARDO DE LOS COBOS

Profesor de inglés y Aritmética mercantil. Gran socialista que, durante muchos años, propagó, por la provincia, las ideas, y que, como sus anteriores compañeros, fué muerto por las hordas fascistas.

FILEMON PEREZ GIJON

Este camarada, socialista antiguo, que siervo empleado de la Caja de Previsión Social Valladolid-Palencia, pidió la excedencia para representar en la provincia a la gran Cooperativa Socialista de Máquinas de coser «Alfa», de Elbar (Guipúzcoa), y que, por estas ocupaciones, apenas actuaba, no obstante, fué también víctima del fascismo, por ser sobrino del inolvidable Remigio Cabello, queriendo así los fascistas desquitarse del odio que sentían al gran socialista que todo lo dió por la emancipación del proletariado castellano, pues esta y no otra es la explicación que encontramos en la ejecución del buen Filemón, como familiarmente se le llamaba a este camarada que, como tantos otros, también rindió su tributo al fascismo.

FLORENTIN QUEMADA

Profesor de la Escuela de Comercio, representante conocidísimo de abonos y contable de la Mancomunidad Hidrográfica del Duero. Fué uno de los fundadores de Izquierda Republicana en la ciudad y recorrió toda la provincia hasta lograr crear gran número de Agrupaciones. Por esta labor, seguramente, es por lo que ha encontrado la muerte al caer en las manos de los fascistas. Era hombre campechano y servicial y gran amigo de Isidoro Vergara.

ANTONIO G. SANTELICES

Conocido escritor y prestigioso periodista. Aunque era abogado, jamás intervino en el Foro. Fué redactor-jefe de «El Norte de Castilla» durante la Dictadura, siendo director entonces el conocido periodista monárquico Federico Santander. En las postrimerías de la Dictadura firmó un Manifiesto republicano y se dedicó de lleno a la propaganda en favor de la República. A su advenimiento se vió obligado a abandonar la Redacción de «El Norte de Castilla», y pasó al Ministerio de la Gobernación con Recaséns Siches, pasando luego a ocupar el cargo de secretario del delegado del Gobierno de la Mancomunidad Hidrográfica del Duero, hasta que la subversión militar fascista le apartó de él para siempre. Pertenecía a Izquierda Republicana, y era un muchacho joven, inteligente y buen periodista.

JOSE FUENTES

Otro republicano de izquierdas. Colaboró cuanto pudo por el advenimiento de la República y siguió en todo momento la política marcada

por Azaña con entera lealtad. Era cajero de la Mancomunidad Hidrográfica del Duero. Como sus anteriores compañeros, murió sólo por ser hombre de izquierdas.

Todos estos compañeros son los que ostentaban los cargos directivos de sus respectivos partidos y los que dirigían los intereses de la ciudad. Precisamente por esto, por su acertada labor, y por ser conocidísimos en toda la región, es por lo que hemos querido rendirles el último tributo recordando lo que eran, los cargos que ocuparon y por qué fueron asesinados por el fascismo exterminador. Este, y no otro, es el motivo de estas líneas recordatorias, que tengo la seguridad que agradecerán los muchos centenares de vallisoletanos que hoy viven en la zona leal, y que tan estrechamente están en contacto con todo aquello que con respecto a la ciudad castellana y sus hombres se relaciona.

Han transcurrido los primeros días trágicos. El fascismo triunfa en la provincia. Ya es dueño de Castilla. Con este motivo se celebraron manifestaciones y obligaron a los habitantes a salir a la calle, a agregarse a ellas, a levantar el brazo y dar vivas al fascio. Mas, a pesar de todo, la satisfacción no reboza en los fascistas y mucho menos en los habitantes. Tienen una preocupación. La Sierra del Guadarrama. Los soldados y los guardias civiles enviados son impotentes, a pesar de sus pertrechos y excelentes armas, para contener al heroico pueblo madrileño, cuya juventud, con sólo su entusiasmo y su alegría, amenaza invadir la gran meseta de Castilla. Con este motivo se organizó en Valladolid una columna de voluntarios fascistas, que dicen es preciso organizar para desfilir por las calles de Madrid. Antes de partir se celebra una misa de campaña en el Campo Grande. Son despedidos los expedicionarios con algarabía. Pero a los pocos días las noticias son decepcionantes para ellos. La leva fascista ha caído, en su inmensa mayoría, en la Sierra. Ya nadie quiere presentarse voluntario. Comienzan las vacilaciones, y, con ellas, la situación violenta de los traidores.

Los días transcurren. El pueblo está nervioso y se preguntan unos a otros que qué pasará. En esta situación de incertidumbre aparecen los aviones del Gobierno de la República, y sus bombas caen en la Estación del Norte y en las calles de la Estación y Ferrocarril. Los fascistas no pueden ocultar su confiadidad, y sus caras largas son el mejor reflejo de ella. Al pueblo, por el contrario, se le ve sonriente. Por aquellos días se estrecha el cerco de Córdoba y Granada, y se esperaba la rendición del Alcázar de Toledo. La gente se comunica casi públicamente las noticias que de la guerra transmite Unión Radio Madrid, por lo que los fascistas y requetés persiguen y espían a todos los que hacen circular las noticias o escuchan las emisiones del Gobierno de la República. Por este motivo se preterde justificar la muerte de varios hijos del pueblo, y sufren los trabajadores vallisoletanos unos meses de martirio, de persecución y de muerte.

Ante el aniquilamiento de las fuerzas moras y la poca garantía que les ofrecen las del pueblo sojuzgado por el fascismo, Franco se decide a abrir las puertas de la Patria al fascismo invasor. Y un mal día llegan a Valladolid dos compañías de «Plumas negras». Ante el monumento a Colón, que se halla a la salida de la estación, formaron en círculo con su banda de música y se tocó el himno italiano. Después desfilaron por el Campo Grande, calle de Santiago, plaza Mayor, Argustias, hasta llegar a Capitania. En su paso por las calles sólo se oían gritos de viva el fascio, viva el ejército italiano y alemán, viva Franco, Hitler y Mussolini. Es decir, todo.

(Continúa en la página siguiente)

Metralleta sobre Madrid

(Continuación)

Inmediatamente, el silencio estallaba en otro estampido, en otro y en otro.

—Suenan —nos dijo un compañero— como los cañonazos de las películas de la Gran Guerra. Es un silbido que termina en un reventón.

Permanecimos un buen rato arrimados a la pared. Según la dirección que traían las granadas, sólo podían pegar en la pared o en la acera de enfrente. Hablamos de los ángulos más peligrosos y menos peligrosos. Algunas granadas estallaban muy cerca.

Se oía un zafarrancho de estampidos de mil demonios. Nosotros andábamos un trecho de calle y luego nos guarecíamos junto a una puerta cerrada.

Un poco después se abrieron algunos portales. Los vecinos de la casa se habían bajado al portal y tenían calor con el cerrado. Pasamos frente a un portal de estos. El portal era un punto negro. No se veía nada en él. Pero se oía el ruido de muchas personas que hablaban a media voz. Algunas personas que estaban a la puerta nos miraban atentamente.

Más abajo, una explosión muy cercana nos aconsejó meternos en otro portal.

—¿Han visto ustedes algo? —nos preguntó un hombre.

—No hemos visto nada. Nada, sino que los estallidos son muy cercanos.

—Algunos han debido de dar a la entrada de esta calle, donde está el hospital.

Varios vecinos nos hacían corro. En la obscuridad sentimos sus ojos fijos en nosotros. Una mujer nos dijo:

—Sí, deben tirar al hospital. Ya otras veces han caído en torno a él.

En el grupo había una mujer con un niño en brazos. El niño parecía que estaba dormido. Esa mujer opinó:

—Alguna derrota habrán sufrido hoy, cuando tiran de esta manera.

Luego la conversación decayó y estuvimos bastante tiempo en silencio.

Pasó por la calle una ambulancia, haciendo sonar su campanilla.

—Ya hay heridos —dijo uno.

Nadie contestó.

Transcurrido algún tiempo, se oyeron otras ambulancias.

Llegó el sereno al portal. Habló con algunos de los que estábamos allí. Luego, nuevamente, quedamos en silencio.

Muchas personas estaban sentadas en los primeros peldaños de la escalera. Otras se acomodaron en el escalón de la puerta de entrada. El bombardeo duró cerca de dos horas.

Reanudamos la marcha antes de que terminase. Nadie nos hizo esas recomendaciones referentes a que tuviésemos cuidado, como sucedía antes. Buscando los ángulos menos peligrosos, llegamos a donde íbamos. No sabíamos cuáles eran esos ángulos. Pero siempre gusta creer que se está en menos peligro.

Esta mañana, Madrid ha reanudado su vida de siempre. El bombardeo de ayer por la noche es sólo un recuerdo más, acompañado de lágrimas para muchas familias.

Germanófilos de ayer y franquistas de hoy

Leí el otro día en «Le Journal», de París: «Ha hecho ya el año del alzamiento patriótico de Franco». Leí recientemente en «The Morning Post»: «Franco defiende la civilización contra la barbarie».

1914... España se escinde espiritualmente. Toda su enorme derecha, con raras excepciones, como la del novelista Armando Palacio Valdés y la del arzobispo de Tarragona, Antolin López Peláez, se declara germanófila.

El clero regular y el clero secular hacen del Kaiser un ídolo. Sus órganos predilectos, «El Correo Español», «El Debate», «El Pensamiento Español», «El Siglo Futuro», «El Correo Catalán», «La Gaceta del Norte», colman de injurias a los aliados. La aristocracia, la gran burguesía, el noventa y cinco por ciento de la oficialidad y el generalato de las fuerzas de tierra y de mar, creen, con fe ciega, en el triunfo de los imperios centrales. Los católicos ven con indiferencia el martirio de Bélgica...

Allá por la primavera de 1926 estuve en Londres. El ex embajador de la Gran Bretaña en Madrid, sir Mauricio Bunsen, obsequiónos a Enrique Gómez Carrillo, a Alfredo Escobar y a mí con un almuerzo en el Savoy. Entre los comensales figuraron el famoso crítico militar Hilario Belloc, cuyos artículos de la revista «Tierra y Agua» indignaban y desconcertaban a los profesionales y un obispo católico que tenía en Londres su diócesis. Ese obispo acababa de visitar España. Y estaba asombrado del desdén con que le habían tratado sus colegas los prelados españoles. Se negaban a recibirle, no le tomaban en serio y aparentaban confusiones y fingían errores que encubrían un desprecio ridículo. «Tuve que decir un día al obispo de Calahorra —me dijo— algunas palabras enérgicas: Yo soy tan obispo católico como usted —respondió a una frase suya casi ofensiva— Me ha consagrado el Papa y tengo más diócesanos que usted en su obispado entero». Me miró con ira. «Pero usted es inglés. Un inglés, para nosotros, es un protestante». «¿Es que no hay luteranos en Alemania? ¿Es que los turcos no son mahometanos? —insistí—. Entonces calló».

Sí. Todas las derechas hispanas fueron germanófilas. Y aliadófilas todas las izquierdas. Es verdad que el príncipe de Ratibor sembró los marcos de Guillermo II por redacciones y partidos, que dispuso de docenas de periódicos desde el opulento «A B C» a hojas sin editor responsable. Pero si no hubiese encontrado ambiente favorable habría gastado en vano el dinero de su Gobierno.

Hoy, los hijos de los germanófilos de 1914 están

con Franco. Han heredado su indigencia mental, su odio a la cultura, su horror a la tolerancia y al liberalismo. Cuando vino la República «sin romper un cristal», se hicieron de Falange y se dedicaron al asesinato de militares, magistrados y políticos afeitos al nuevo régimen. Ellos mataron a Juanita Rico, y a Pedregal, y a Faraudo, y a Castillo. Ellos intentaron hacer lo propio con Jiménez de Asúa y Largo Caballero...

Y ellos aborrecen ahora más que nunca todo lo inglés y todo lo francés. La prensa que aparece en la España dominada por Franco, no cesa de agraviar a Francia e Inglaterra. Raro es el día en que no se ofende a los gobernantes de dichas naciones, desde las radios fascistas. Los desahogos anglofobos y francófobos de Queipo de Llano son imitados en otros micrófonos, por locutores de aún menos categoría.

En cambio, los hijos de los aliadófilos de 1914 están todos en el campo republicano. Las plumas que defienden al Gobierno legal, defendieron desinteresadamente la causa de Francia, Inglaterra y Bélgica. Mientras la corrupción, la bestialidad y la complicidad hacían de nuestras costas bases de submarinos germanos, las izquierdas denunciaban en el Parlamento, y desde sus periódicos, el turbio juego de la neutralidad germanófila, a que se entregaban Dato y García Prieto, mientras Alfonso de Borbón les guiaba el ojo. En la plaza de Toros de Madrid, esas mismas izquierdas proclamaron su solidaridad con las democracias que luchaban contra el militarismo alemán. Y a la salida, los jóvenes mauristas dispararon sobre ellas sus pistolas automáticas.

¡Bien pagan Francia e Inglaterra, por vida mía, la heroica aliadofilia del izquierdismo español! Cuando leo parte de su prensa, cuando me llega un telegrama con una declaración de Eden o un discurso de Chamberlain o unas manifestaciones de Delbos, me acuerdo de la Liga antigermanófila española, que presidía Simarro, de que yo fui secretario, que tenía por órgano oficioso la revista «España» —la revista que dirigieron José Ortega Gasset, Luis Araquistain y Manuel Azaña—, y cuyo delegado en Bilbao fue Indalecio Prieto...

Aliadófilos de corazón, sin tibiezas, sin desmayos, fuimos los izquierdistas de 1914. ¡Quién iba a decirnos que aquella aliadofilia nuestra, tan noble, tan generosa, tan romántica, sería pagada con la No Intervención!

FABIAN VIDAL

(Escrito expresamente para el SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACION.)

La persecución religiosa en Alemania

Ha sido detenido el hermano del pastor Niemoeller

BERLIN. — Wilhelm Niemoeller, hermano del jefe de la Iglesia confesional últimamente encarcelado, ha sido detenido hace unos días por funcionarios de la policía secreta, en el preciso momento en que acababa de predicar en la iglesia de Santa Ana, de Dahlem.

En su sermón, Wilhelm Niemoeller aludió a su hermano, invitando a los fieles a que sostuviesen la causa de Martín Niemoeller y la de la Iglesia confesional.

En todo el Reich, la tensión entre la Iglesia confesional y el Estado crece cada vez más. Los más moderados —tales como el obispo Marahrens, de Hanovre, y los obispos Wurm y Meisel— no escapan a la persecución. Sankel, gobernador (Stadthalter) de Turingia, ha prohibido a estos tres obispos que prediquen y permanezcan en Turingia, cuya región es el baluarte de los cristianos alemanes.

El número de eclesiásticos encarcelados asciende actualmente a 57, de los cuales 18 han sido detenidos en el transcurso de una semana.

Entre ellos se encuentra, el director Asmussen, del seminario de la Iglesia confesional, acusado de haber infringido la ley que prohíbe las colectas, y de haber incitado a la desobediencia al Estado.

Valladolid, bajo la férula fascista

(Continuación)

menos España... Así es cómo el fascismo español ha abierto las puertas al fascismo extranjero.

Se anuncia la toma de Madrid. Se preparan iluminaciones, se elaboran programas de festejos, se organizan corridas de toros; en fin, se preparan por el fascismo grandes atracciones para festejar la toma de Madrid. Pero la celebración de estas solemnidades van esfumándose con el transcurso de los días, y todos los preparativos van amontonándose en cuartos y sótanos por su uso inservible. La gente toma a chacota la «toma» de Madrid y se hacen chistes que cuestan la cárcel a más de cuatro bromistas.

La aviación republicana empieza ya a actuar sobre la ciudad del Pisuerga. Sus visitas son recibidas con un paquete que vuelve locos a fascistas y requetés, y les hace temblar. Estas fuerzas de retaguardia, a la que pertenecen los burgueses de la ciudad, son las mismas que componían los cuadros de los célebres «cazadores de gorras», aquellos de la Unión Patriótica, y cuyo calificativo de «cazadores de gorras» costó el destierro y la cárcel al periodista de... Sepúlveda, Francisco de Cosío, y que hoy este «ilustre» periodista está al servicio de estos «cazadores de gorras» y de la causa fascista. ¡Lo que cambian los tiempos o lo que pueden las bojas de una «margarita»!

Pero no todo va a ser tristeza. Por eso hay un «Norte de Castilla» y un torero castellano. Este es Fernando Domínguez, aquel que en las primeras semanas de la Revolución toró en Madrid, levantó los dos puños en alto —no podía ser menos— y gritó: «¡Viva la República!». Pues bien: este «hijo de Cuchares» escribió al periódico «que más circula en la región castellana» y le ofreció su persona y su «arte» para organizar corridas de toros a beneficio del fascio, toreando en dichos actos taurinos benéficos en Valladolid y Salamanca. Pero no levantó los dos puños. Esta vez no actuaba en Madrid, sino en su pueblo, y era necesario, preciso, extender los brazos, y así lo hizo. Agradecimiento que tienen los toreros, que no repiegan que descienden del pueblo, para con la República, que les dejó salir al extranjero...

Después de unos meses de relativa calma, la Prensa vuelve a hablar del camino hacia Madrid, pero asegura que quieren hacerlo con las menos víctimas posibles, y que por eso hacían la ofensiva por Guadalajara. Pero no contaron con el Ejército del pueblo. Por eso cuando el desastre de Brihuega los fascistas no acertaron a dar como fracasada una ofensiva que había sido anunciada a «bombo y platillos», por lo que se observó una gran desmoralización, llegando a oír en los cafés a per-

sonas ricas y entregadas al fascio si para eso habían dado su dinero a Franco.

Sólo la toma de Bilbao ha devuelto, aunque no del todo, un poco la tranquilidad a los que siguen al general Pitiñipi. Decimos que un poco, porque los facciosos saben muy bien que el triunfo no será de ellos, ya que cada día se observa en aquella zona una mayor desmoralización.

Se asegura insistentemente, que existe en toda la zona facciosa un vasto complot, organizado por militares, que aún no ha estallado porque han sido detenidos y ejecutados algunos de los encartados en éste. Por lo que respecta a Valladolid, fueron descubiertos varios jóvenes, que inmediatamente fueron fusilados, sin haber sido descubiertos los jefes del mismo. Dos de estos jóvenes son conocidos. Uno es el hijo de Ciro de la Cruz, y el otro, un muchacho que estaba en el Bazar Quirúrgico de la calle de la Constitución.

Esta rebelión, naturalmente, es esperada con ansiedad por el pueblo, pues la vida allí es de eterno nerviosismo, ya que no existen ni hilos, ni ropas, y los jornales son cada vez más míseros, no alcanzando ni para adquirir lo más indispensable, por el precio tan elevado que han adquirido todos los artículos. Esto de un lado, y de otro, el saber que la República cuenta ya con un Ejército Popular bien pertrechado y organizado, es lo que les hace prever a los que residen en Castilla que el triunfo final será indiscutiblemente para el Gobierno legítimo.

Estas son, a grandes rasgos, las observaciones recogidas de los que de Valladolid han venido a la zona leal. La impresión de todos ellos coincide con asegurar nuestra victoria. La seguridad en ella la tienen lo mismo los tres mil presos de la Estación de los Tranvías y los cinco mil de Chamillería, que el pueblo agrícola e industrial. La tienen, porque el descontento con el invasor extranjero es cada vez mayor, el espíritu de lucha del pueblo contra nosotros más decaído y las rivalidades políticas entre los facciosos más enconadas. Por eso, pensando en eso mismo es por lo que nosotros debemos lanzarnos todos juntos a trabajar y luchar por ganar la guerra rápidamente para así hacer entre todos una nueva España independiente, más rica, más humana, más justa, que acabe de una vez con la explotación del hombre por el hombre y que sea norte y guía del progreso y emancipación del mundo trabajador y democrático que en estos momentos está pendiente de nosotros y pensando solamente en nuestra indiscutible victoria, que si luchamos todos unidos nadie nos podrá arrebatarnos.

(De «Adelante», de Valencia, 4-8-37.)

La "lealtad" y la "hidalguía" de los facciosos

Lo que ocurrió en Málaga con Sir Peter Chalmers Mitchell

Sir Peter Chalmers Mitchell, sabio naturalista inglés, de 72 años, que desde hace diez pasaba los inviernos en Málaga, acaba de publicar en Londres sus memorias, bajo el título «My Fall of Days». El último capítulo alcanza la guerra española y en él se refieren algunos hechos de los que fué testigo en Málaga, donde permaneció hasta después de entrar las tropas italianas.

En esas páginas, que han sido reproducidas por gran parte de la prensa liberal, Sir Peter Chalmers comenta elogiosamente la conducta de los milicianos del pueblo, en los que encuentra una verdadera generosidad, un «idealismo humanitario admirable» y refiere un hecho del que fué protagonista. Lo narra con la sequedad inglesa y sin comentario alguno, pero se comenta solo.

En los primeros días de la sublevación se refugió en su casa toda la familia Bolin, reaccionarios, facciosos, cuyo miembro principal, Tomás Bolin, estaba comprometido en la rebelión y había sido detenido. Sir Peter Chalmers, que no había tenido nunca relación con esa familia, a pesar de que habitaban un hotel inmediato al suyo, obtuvo la libertad condicional de Tomás Bolin, que fué albergado también en su casa. Todos ellos, y en primer lugar Tomás, le aseguraron que no habían intervenido, ni intervenirían nunca en movimiento alguno contra los poderes democráticos, y le suplicaron que los llevara a Gibraltar, dándole palabra de honor de no pasar a la zona de

Franco. Sir Peter Chalmers, bajo su responsabilidad, llevó a Gibraltar a toda la familia.

Al entrar las tropas italianas y moras en Málaga (donde Sir Peter Chalmers se quedó, pensando que su presencia de observador espontáneo inglés quizá contuviera a las hordas de Franco y les impidiera repetir los monstruosos crímenes de Badajoz), se presentó en casa del sabio naturalista el mismo Tomás Bolin, vestido de falangista, acompañado de su hermano, capitán de Estado Mayor, y de dos fascistas. Todos, pistola en mano. Tomás Bolin llenó de insultos a Sir Peter. La presencia de otro ciudadano inglés impidió que lo mataran en el acto. Pero lo encarcelaron y le anunciaron el fusilamiento para el día siguiente. Aquella noche, el capitán de un barco inglés reclamó con la mayor energía la libertad de su compatriota y consiguió salvarle la vida. Sir Peter Chalmers volvió a su país en el barco de guerra.

Peter Chalmers Mitchell no hace ningún comentario, pero no hace falta. Está más convencido que nunca de que ni la caballería, ni siquiera los más elementales sentimientos de dignidad humana son posibles entre las hordas fascistas de Franco. El sabio naturalista ha declarado reiteradamente que desea y espera que el triunfo del Gobierno republicano y del Ejército popular aseguren el porvenir de la cultura y la civilización en el mundo.

Los nazis llevan a Alemania a la catástrofe económica por el camino del rearme

Bajo el signo del racionamiento de los víveres y del hacha del verdugo

En mayo de 1936, por la ocupación militar de Renania, Hitler desgarró el tratado de Locarno. Un plebiscito efectuado a la manera hitlerista confirmó, por una mayoría de 99 por 100, este nuevo ataque contra la paz mundial.

Alentada por ese resultado, que fué posible por la debilidad de las potencias de paz, la Alemania hitlerista se consagró totalmente a afiebrados preparativos de guerra. Estos preparativos dominan toda la vida del país, engendran una pseudoproprosperidad y al mismo tiempo una grave penuria de materias primas y de divisas, con la consecuencia de serias dificultades para el abastecimiento de materias alimenticias y una agravación de la situación económica del país, que tiende a la catástrofe.

Esto explica que el régimen hitlerista se vea obligado, por un lado, a aumentar la presión terrorista que ejerce sobre el pueblo, y por otro lado, a buscar constantemente nuevos derivados en aventuras sobre el terreno de la política externa y de las que, no obstante todas las afirmaciones pacifistas del líder nazi, puede surgir un día un inminente peligro de conflicto.

La prueba de ello la da la intervención militar de Alemania en la guerra civil española.

La política interna alemana sigue bajo el signo del racionamiento de los víveres y del hacha del verdugo. Los adversarios políticos son ejecutados o asesinados en las prisiones. Son innumerables los adversarios del régimen nazi condenados a numerosos años de cárcel, en procesos monstruosos. Los detenidos en las prisiones y los campos de concentración de Hitler siguen padeciendo suplicios inhumanos. La represión de que son objeto y su actitud valiente ante los tribunales atestiguan la fuerza invencible de la idea que anima a los militantes del movimiento ilegal.

(«La Vanguardia». Buenos Aires, 21-VII-37.)

Carta Encíclica de Pío XI sobre la situación de la Iglesia Católica en Alemania

(Conclusión)

de las comunidades religiosas, aprovecharán la ocasión de estas dificultades y pruebas para obtener del Todopoderoso, por un redoblamiento de celo, por una vida de oración más intensa, por la santa austeridad de su vocación y la perfecta disciplina religiosa, una renovación de bendiciones y fecundidad sobre su penosa labor.

A LOS FIELES SEGLARES

Tenemos ante nuestros ojos la inmensa multitud de Nuestros fieles Hijos, de Nuestros Hijos y Nuestras Hijas, a los que el sufrimiento de la Iglesia en Alemania y su propio sufrimiento, no han quitado nada de su abnegación a la causa de Dios, ni de su tierno amor hacia el Padre de la cristiandad, ni de su obediencia a los Obispos y sacerdotes, ni de su alegre resolución de permanecer siempre fieles, pase lo que pase, a su creencia, a la herencia sagrada de sus antepasados. Nosotros les enviamos a todos, con el corazón conmovido, Nuestro paternal recuerdo.

Primeramente, a los miembros de las asociaciones religiosas que con valor y al precio de dolorosos sacrificios permanecen fieles a Cristo y no se mostraron dispuestos a abandonar los derechos que un acuerdo solemne les había garantizado a ellos y a la Iglesia, conforme a las reglas de la lealtad y de la buena fe.

Dirigimos un saludo particularmente cordial a los padres católicos. Los derechos y los deberes de educadores que les fueron conferidos por Dios, son precisamente en el momento actual, el motivo de una lucha tal, que apenas podemos imaginarnos otra de más graves consecuencias. La Iglesia no puede esperar para gemir y quejarse de que los altares sean devastados y de que manos sacrílegas hayan incendiado los templos. Si se intenta, por una educación enemiga de Cristo, profanar el sagrario del alma del niño consagrada por el bautismo, si de ese templo vivo de Dios se quiere arrancar la lámpara eterna de la fe de Cristo, para sustituirle la luz engañosa de una contrafigura de la fe, que nada tiene que ver con la fe de la Cruz, entonces la violación espiritual del templo está próxima y entonces es un deber para quien confiesa a Cristo, desligar claramente su responsabilidad de la del campo adverso, y liberar su conciencia de toda cooperación culpable en tal maquinación y corrupción. Y cuanto más se esfuerzan los enemigos, disfrazando bajo bellas apariencias, sus sombríos designios, hay más lugar para oponerles una desconfianza vigilante, una vigilancia provocada a desconfiar por una experiencia demasiado amarga.

El mantener de un modo puramente formal una

clase de religión —clase además «controlada» y llena de trabas por hombres sin mandato— en el marco de una escuela, que en los otros dominios de la educación, trabaja sistemáticamente y con odio contra esta misma religión, no es suficiente para servirle al fiel a Cristo una excusa legítima, que le autorice a emitir su complaciente sufragio a favor de esa escuela destructora de la religión. Nosotros sabemos, amados padres católicos, que no puede hablarse de esa complacencia para vosotros. Sabemos que un voto libre y secreto, entre vosotros, equivaldría a un plebiscito victorioso a favor de la escuela confesional. Por esta razón no Nos cansaremos jamás de hacer ver francamente a las autoridades responsables, la iniquidad de las medidas coactivas empleadas hasta ahora y el deber de respetar la libertad de la educación. Sin embargo, no olvidéis jamás esto: Ningún poder terrenal puede desligaros de la responsabilidad, que por voluntad de Dios os liga respecto a vuestros hijos. Ninguno de los que hoy os oprimen en el ejercicio de vuestros derechos de educadores y pretenden relevaros de vuestros deberes, podrá responder en lugar vuestro al Juez eterno cuando os interrogue: «¿Dónde están, los que yo te había dado?» Ojalá esté cada uno de vosotros en situación de contestarle: «De los que tú me diste, no he perdido ninguno.» (Juan, XVIII, 9.)

Venerables Hermanos. Nosotros estamos seguros de que estas palabras dirigidas en una hora decisiva, a vosotros, y por vosotros, a los católicos del imperio alemán, hallarán en el corazón y en los actos de Nuestros fieles hijos, el eco que debe responder a la tierna solicitud del Padre común. Si hay alguna cosa que Nosotros imploramos del Señor con singular ardor, es ésta: Que Nuestras palabras lleguen también al corazón y al oído, y despierten la reflexión de los que ya empezaron a dejarse atraer por el señuelo y las amenazas de los adversarios de Cristo y de su santo Evangelio.

Hemos pesado cada palabra de esta carta en la balanza de la verdad y también del amor. No queríamos convertirnos, por un silencio inoportuno, en cómplices del equívoco, ni exponernos tampoco por demasiada severidad a endurecer el corazón de ninguno de los que viven bajo Nuestra responsabilidad de Pastor y a los cuales Nuestro Amor de Pastor no se inclina menos, aunque de momento se extravíen por los caminos del error y de la infidelidad. Y aunque muchos de ellos adaptándose a la mentalidad de su nuevo ambiente, no tuvieran para la casa paterna abandonada y para el mismo Padre más que palabras de desconfianza, de ingratitud y hasta de insulto, aunque olvidaran todo lo que ha rechazado, llegará el día en que la angustia del alejamiento de Dios y de la desorientación de su alma, abatiéndose sobre estos hijos hoy perdidos, les hará volver «al Dios que llenaba de gozo su juventud», a la Iglesia cuya mano paternal les había enseñado el camino que conduce hasta el Padre de los cielos. Aprecuar esta hora, he ahí el objeto de Nuestra perpetua oración.

Como otras épocas de la historia de la Iglesia, ésta será el preludio de una nueva ascensión y de una purificación interior, con la única condición de que los fieles confiesen con todo orgullo su fe en Cristo, que

sean bastante generosos ante el dolor para oponer a la fuerza material de los opresores de la Iglesia, la intrepidez de una fe profunda, el irresistible poder de una activa caridad. Que el santo tiempo de la Cuaresma y de Pascua, que predica la renovación interior y la penitencia y más que de costumbre dirige la mirada del cristiano hacia la cruz, pero también hacia la gloria del Resucitado, sea para todos y cada uno de vosotros una ocasión alegremente recibida y ardientemente aprovechada, de colmaros el corazón y el alma con ese espíritu de heroísmo, de paciencia y victoria que irradia de la Cruz de Jesucristo. Entonces, Nosotros estamos seguros de ello, los enemigos de la Iglesia, que se imaginan que ha llegado su hora, reconocerán en seguida que se habían regocijado demasiado pronto y que habían empuñado con demasiada premura la pala del sepulturero. Entonces amanecerá el día, en que, sucediendo a los himnos de triunfo, prematuros de los enemigos de Cristo, se alzarán hacia el cielo desde el corazón y los labios de los fieles, el «Te Deum» de la liberación; un «Te Deum» de agradecimiento hacia el Altísimo, un «Te Deum» de alegría a la vista de todo el pueblo alemán, hasta de sus miembros hoy extraviados que volverán a la religión y con una fe purificada por el sufrimiento, doblarán de nuevo la rodilla ante el Rey de los tiempos y de la eternidad, Jesucristo, disponiéndose al fin por la lucha contra los que niegan a Dios y arruinan al Occidente cristiano, a continuar, en armonía con todos los hombres de buena voluntad de todos los pueblos, la misión que los planes del Eterno le han asignado.

Aquel que sonda los corazones y las entrañas (Ps. VII, 10.) Nos es testigo de que nosotros no tenemos más íntimo deseo que el restablecimiento en Alemania de una paz verdadera entre la Iglesia y el Estado. Pero si —sin que sea Nuestra la culpa— esta paz no debe establecerse, entonces, la Iglesia de Dios, defenderá sus derechos y sus libertades en nombre del Todopoderoso, cuyo brazo, aún hoy no se ha debilitado. Confiamos en él, «Nosotros no cesamos de rezar e implorar» (Col., I, 9) por vosotros, hijos de la Iglesia, a fin de que sean abreviados los días de la tribulación y que se os encuentre fieles en el día del Juicio; por los perseguidores también y los opresores, para que el Padre de toda luz y toda misericordia se digne iluminar, como a Saul en el camino de Damasco, a ellos y a todos aquellos, en tan gran número, que en su seguimiento se descarriaron y permanecen en el error.

Con esta súplica en el corazón y en los labios. Nosotros os concedemos, como prenda del socorro Divino, como sostén de vuestras resoluciones, tan difíciles y llenas de responsabilidad, como alivio en el combate, como consuelo en el sufrimiento, a Vosotros, Obispos y Pastores del pueblo fiel, a los sacerdotes, a los religiosos, a los apóstoles seglares de la Acción católica y a todos vuestros diocesanos —pero especialmente a los enfermos y a los prisioneros—, con paternal amor, la Bendición apostólica.

Del Vaticano, el domingo de Pasión, 14 de marzo de 1937.

PIO XI, Papa